



VIDAS

V | D A S

pensión65  
tranquilidad para más peruanos

© VIDAS

Es una publicación del Programa Nacional de Asistencia Solidaria **Pensión 65**, Programa Social del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social, MIDIS.

Ministra de Desarrollo e Inclusión Social: Paola Bustamante Suárez.

Viceministra de Prestaciones Sociales: Norma Vidal Añaños.

Viceministra de Políticas y Evaluación Social: Ariela Luna Flores.

Director Ejecutivo del Programa Nacional de Asistencia Solidaria **Pensión 65**: José Luis Villalobos Castillo.

Edición y producción general: Unidad de Comunicación e Imagen Institucional de **Pensión 65**.

Cuidado de edición: David Hidalgo

Diseño y diagramación: Felipe Esparza y Vera Jiménez (Milk Estudio)

Edición gráfica: Giancarlo Shibayama Aspajo

Fotos: **Pensión 65** © / Daniel Silva, Enrique Castro-Mendivil, Walter Silvera, Miguel Mejía, Ernesto Benavides, Enrique Cuneo.

Pre-prensa e impresión: Gráfica Técnica sac.

Calle Los Talladores N° 184, Urb. El Artesano, Ate – Lima

Diciembre 2014.

© Programa Nacional de Asistencia Solidaria – **Pensión 65**

Calle Miguel Seminario 190, San Isidro

Teléfono 705-2900

www.pension65.gob.pe

Primera publicación diciembre 2014

Tiraje: 4,000 ejemplares

Depósito legal: 2014 - 18880

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú 2014

VIDAS © Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del Programa Nacional de Asistencia Solidaria – **Pensión 65**, bajo las sanciones establecidas en las leyes vigentes sobre la materia, la reproducción parcial o total de los artículos y fotografías de esta publicación por cualquier medio o procedimiento electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc. y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

# INTRODUCCIÓN

La memoria de nuestro primer escritor y cronista más importante, el Inca Garcilaso de la Vega, refiere que antes de la llegada de los españoles, el Estado inca destinaba tierras a viudas y ancianos, es decir a segmentos de la población desvalida, lo que motivó la fábula de un país -entonces llamado Tawantinsuyo- igualitario, donde no había hambre y todos los habitantes tenían un techo. Esta visión de un poder protector hacia los ciudadanos de la tercera edad se diluyó con la caída del poderoso imperio del Cusco. Desde entonces envejecer y ser pobre en el Perú es un pasivo lamentable que acentúa la inequidad y los desencuentros entre peruanos. Así se ha perpetuado el destino de vulnerabilidad de las generaciones mayores que no solo han sobrevivido a enormes adversidades, sino que en muchos casos son depositarios de un conocimiento invaluable.

Las breves historias que aquí presentamos son testimonios ejemplares en la medida que nos revelan un país desconocido que, sin embargo, tiene tradición, cultura, gracias a sus actores. La historia, como sabemos, no es construida solo por los que tienen poder político o económico; por el contrario, le corresponde a quienes, día a día, con mucho esfuerzo, logran la admirable continuidad de la sobrevivencia, construyendo sus hogares, educando a sus hijos y, claro, trabajando intensamente.

No se verá en estos peruanos más que una fijación: salir adelante con una valentía que solo nace de quienes buscan una oportunidad contra las dificultades. Estamos hablando de peruanos de poblados remotos. Hay quienes, como la señora Filomena Taipe Mendoza, han atravesado tres siglos y sigue, a sus 116 años, cocinando y recordando lúcidamente. Hay campesinos, músicos, artesanos, excombatientes, parteras, médicos naturistas, narradores de cuentos. La suma de habilidades de este puñado de abuelitos compendia muy bien toda la sabiduría popular que se obstina en permanecer para recordarnos que la identidad de un país empieza, efectivamente, por la memoria.

Descubrir a estos personajes significa reencontrar al Perú. Tal oportunidad nace de una decisión política: en 2011 el gobierno del Presidente Ollanta Humala estableció como prioridad el desarrollo de programas de inclusión social como una estrategia de cerrar las profundas brechas de inequidad y desigualdad. Uno de ellos ha sido Pensión 65, creado para otorgar protección a los adultos de avanzada edad que carezcan de condiciones básicas para su subsistencia. Es una política de Estado, un derecho de ciudadanos que a pesar de haber trabajado durante décadas y aportado a su comunidad no lograron acceder a una pensión para enfrentar la última etapa de sus vidas con dignidad, bienestar

y tranquilidad. Tres años después, Pensión 65 registra 450 mil usuarios al cerrar el 2014 y camina al 2015 con la meta de incorporar a medio millón de ciudadanos en todos los distritos del país. Su impacto es haber identificado e incluido a una población invisible para otorgarle una pensión no contributiva, atenuando así su vulnerabilidad y mejorando su calidad de vida.

Para resarcir a estos peruanos ha sido necesario la articulación de los tres niveles de gobierno. Hoy está presente en todos los distritos del VRAEM, del Alto Huallaga, en las comunidades nativas, en las zonas de frontera, en las comunidades más alejadas y en extrema pobreza, con un sólido sistema de calidad y transparencia que facilita la ampliación y el mejoramiento de la atención a los adultos mayores más necesitados. Pero, Pensión 65 no es solo una subvención económica: Como parte del eje 5 de la Estrategia Nacional Incluir para Crecer del Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social, MIDIS, impulsa la protección integral del adulto mayor para acceder a servicios de calidad en salud, vivienda y revaloración social. Así, se coordina con las áreas de salud locales para promover campañas en los puntos de pago, y realizar el monitoreo de salud preventivo y recuperativo de los usuarios. Por otra parte, Saberes Productivos aspira a revalorizar la imagen social de los adultos mayores y su rol como portadores de conocimientos en peligro de extinción y que transferirse a las nuevas generaciones. Puesto en marcha desde 2013, Saberes Productivos ya está presente en 80 distritos de todas las regiones del país. ¿Cuál es resultado de esta intervención? La comunidad educativa interactúa con los ancianos, les solicita su presencia en las aulas para que transmitan a los escolares un conocimiento; o bien, son los niños quienes los visitan, ávidos de aprender.

Ellos son y se sienten ciudadanos, ejercen sus derechos, se han reintegrado a su comunidad y comparten sus saberes en las postas de salud o cuando bajan a cobrar su pensión. Que la comunidad los reconozca ha ayudado a mejorar su autoestima, concediéndoles ese estatus que toda sociedad debe darle a la sabiduría y tradición que ellos encarnan.

Esta publicación es apenas una muestra de venerables mujeres y hombres de toda nuestra geografía, con sus variedades culturales, sus batallas y amores, sus sacrificios y recompensas. Ellos tienen un rostro, un nombre y muchas historias y vivencias que aportar. Pero sobre todo acumulan experiencia e identidad, tradición y sabiduría. Escuchémoslos, es tiempo que sepamos quienes son, qué sienten y cuáles son sus sueños, es hora de incluirlos, respetarlos y protegerlos en el marco de la patria solidaria, justa y desarrollada que queremos construir.

**José Villalobos Castillo**

Director Ejecutivo del Programa Nacional de Asistencia Solidaria - Pensión 65





COSTA





# JACINTA HUAMANÍ

## La fuerza del espíritu

Jacinta Huamaní Retamoso (67 años) no recuerda cuándo empezó a vivir con sus abuelos, porque su madre no podía criar a los nueve hijos que tuvo. En cambio sí sabe que a los 6 años sus abuelos murieron y se quedó sola. “Desde los 7 años no he conocido otra cosa que trabajar”, comenta.

Es posible que esa vida de esfuerzos la haya vuelto dura, acepta, pero no tuvo otra opción.

Doña Jacinta descubrió la alegría cuando conoció al papá de sus 5 hijos. Sin embargo, pocos años después, no lo vio más y tuvo que echarse al hombro una casa con muchas necesidades. “Fui padre y madre de mis hijos. Para vestirlos y educarlos daba pensión a profesores y comensales del pueblo (San Juan de Sihuas, Arequipa). Así mis hijos terminaron la secundaria. No tuve la juventud que tuvieron otros”.

Tener el espíritu curtido ofrece ciertas ventajas. Por ejemplo, permite que uno no se asuste frente a los problemas, que nunca faltan. A su edad, siente que no ha tenido dificultades, salvo cuando tuvo un mal parto de su tercera hija.

“Aquella vez casi muero”, dice conmovida.

Su aspiración era ser negociante. Ahora elabora empanadas, cuyos ingredientes compra con su pensión, que ofrece como ambulante. No sabe cuál ha sido la suerte de sus hermanos, solo le preocupan sus hijos. “Siempre tengo alguna noticia de ellos. Dos trabajan en Chile como empleadas, las otras dos se han casado, el único varón es peón de una chacra. Por ellos he cambiado un poco, para darles mi cariño”.



“Fui padre y madre de mis hijos. Para vestirlos y educarlos daba pensión a profesores y comensales del pueblo. Así mis hijos terminaron la secundaria”.





Costa



Arequipa

Arequipa



Costa





# R I C A R D O Q U I S P E

## El arte se lleva en las venas

Cuando era niño, Ricardo Quispe Marchán (67 años) invocaba al cielo para que desprendiera la lluvia, ya que con sus amigos extraía el barro de la quebrada y se sentaban cerca del frontis de la iglesia para construir ciudades, animales, aviones, autos; todos los objetos ajenos y deseados en una infancia modesta. Esa fascinación por las formas anticipaba que el arte era su vocación. En su adolescencia ya no fue la escultura sino la música y la pintura las que le interesaron. En esa época llegaban orquestas a Caleta Grau (Contralmirante Villar-Tumbes) y él los escuchaba hasta altas horas de la noche, sin saber que más adelante la música sería su forma de vida. A los 19 años formó, con su hermano, el grupo Los Dragones, con el que iban a Piura a tocar música tropical y baladas. En paralelo, ilustraba libros y material didáctico para los profesores de primaria de varios colegios. Hijo de un humilde panadero de Morropón, no pudo estudiar música en un conservatorio, pero entre sus mayores alegrías cuenta haber viajado con su padre a demostrar su talento. “Fui jugador de fútbol, músico,



pintor, escultor de arena. Fui feliz aunque vivía de propinas”, comenta. Ahora vive un poco más tranquilo con el apoyo del Estado. Aunque no tuvo suerte en el amor, siempre recibió afecto gracias a su arte. “Mi sueño, a pesar de mi edad, es tener un hijo para que me acompañe y para enseñarle las cosas buenas de la vida”.

**“Mi sueño, a pesar de mi edad, es tener un hijo para que me acompañe y para enseñarle las cosas buenas de la vida”.**



# M Á X I M O FIESTAS

## El hijo del mar

A Máximo Fiestas le gusta el mar desde que su padre le enseñó a pescar. La primera vez lo hizo a bordo de una balsa de palos. “Es inolvidable —dice—. Así he pescado merlines, y lo maravilloso fue cuando a Cabo Blanco llegó Alfredo Glassell, un norteamericano que pescó un merlín negro de 1,560 libras, rompiendo el récord mundial”, recuerda. Allí también conoció al escritor Ernest Hemingway, con quien incluso salió a pescar. “Una vez que él no podía sacar un merlín, y lo ayudé. Me dijo: ‘tome, Máximo, es para el frío, y me dio whisky, algo que no había probado antes’.

Con tales historias era inevitable que don Máximo siguiera el destino del mar. Por eso ingresó a servir en la Marina, donde llegó a ser timonel señalero, oficio que consistía en enviar señales con banderines de un barco a otro. Así conoció Panamá, Cuba y EEUU.

De sus padres recuerda que eran muy cariñosos, y de sus 6 hermanos, que jugaban al fútbol e iban al cine desde Cabo Blanco hasta El Alto. “Era largo el camino, pero nos servía para estar juntos”. De su vida posterior dice que le ha dado muchas alegrías junto a María



Gabriela Tume Eca, su segunda esposa, sus 7 hijos y nietos. “Solo estudié hasta 3° de primaria, debido a mi pasión por el mar y la pesca, pero saqué adelante a mi familia. Uno de mis hijos es buzo y mis dos hijas se han casado con pescadores”.

Don Máximo ya no trabaja, pero suele pasar sus días ante el paisaje costero. “¿Cuál es mi sueño? —se pregunta—. Que Dios me dé más tiempo para ver a mi esposa, hijos, nietos y el mar, que sigue siendo mi vida”.



**“Solo estudié hasta 3° de primaria, debido a mi pasión por el mar y la pesca, pero saqué adelante a mi familia. Uno de mis hijos es buzo y mis hijas se han casado con pescadores”.**







# MARÍA ROSA LLONTOP

## Maestra de corazón

María Rosa Llontop se define como “profesora de corazón”, oficio al que se dedica desde hace cuatro décadas. A los 68 años, es una de las maestras más destacadas de Pomalca, un distrito de característicos cañaverales. En su modesta casa, ella recibe a diario entre cinco y ocho niños de primaria a los que brinda lo que la escuela muchas veces les niega: paciencia y atención a cambio dos soles o solo una sonrisa. “De esta manera he podido mantener a mi único hijo”, comenta. Llontop ha estudiado secundaria y siempre fue buena en lenguaje y matemáticas, cursos en los que se ha especializado en forma autodidacta. Su eficacia en nivelar alumnos debe ser muy alta, pues nunca le han faltado madres que toquen su puerta. Fue un giro del destino, porque ella pensaba ser cosmetóloga: “Esa era mi idea, pero las cosas no siempre salen como queremos. Me casé, no me fue bien, quedé sola con mi hijo muy pequeño y como pude tuve que salir adelante”. En busca de trabajo se fue a Bagua Chica por tres años, pero no se acostumbró a esa tierra de arrozales, y prefirió retornar a Pomalca,

donde se convertiría en profesora. María recibe a diario entre seis y ocho niños de nivel primario a los que brinda lo que la escuela les niega: paciencia y atención personalizada a cambio, a veces, de dos soles o una sonrisa. Hoy sus alumnos son profesionales y las madres a las que ayudó en sus tareas les llevan a sus pequeños. Su pequeña mesa de comedor siempre está llena de niños. “Debo haber enseñado como a mil niños entre los cuales hay un par de alcaldes, autoridades, funcionarios; todos me quieren y eso me hace feliz”. La maestra está convencida de que al Perú de hoy solo le falta seguridad y limpieza para ser un gran país. “Los mayorcitos tenemos ahora una gran ayuda con nuestra pensión. A mí me da tranquilidad para comprar mis alimentos y seguir adelante”, señala.



Llontop ha estudiado secundaria y siempre fue buena en lenguaje y matemáticas, cursos en los que se ha especializado en forma autodidacta.





# ALVITES GOICOICHEA

## El guardián de Sícchez

Sícchez es un nombre remoto para muchos peruanos, no para el cajamarquino José Alvites Ahumada. Él llegó a este distrito de Ayabaca (Piura) hace 34 años para dedicarse al cultivo de café, plátano y caña de azúcar. Solo salió una vez de aquí para curarse de una dolencia. Si la biografía de un hombre es la suma de buenos y malos momentos, la vida de don Alvites tuvo un primer clímax en la infancia, cuando sus abuelos lo acogieron y educaron tras la separación de sus padres; el otro momento fundamental fue haber conocido a su segunda esposa, Julia Yanayaco Castillo. El tramo sombrío, en cambio, fue la muerte de su madre, a cuyo entierro no pudo asistir. Hijo de familia numerosa, sus hermanos se fueron a probar suerte en las grandes ciudades de la costa norteña y hace tres décadas que no los ve. A los 21 años se casó y tuvo cuatro hijos que con el tiempo también se marcharon. Ahora lo acompañan su segunda esposa y sus vecinos.

“Ser un buen padre y vecino es lo mejor que puede hacer un hombre”, dice. Por eso eligió permanecer aquí como el guardián de Sícchez. “Mi sueño es seguir viviendo tranquilo con mi esposa. Ahora ya puedo comprar mis materiales para hacer mis bastones de madera o tallar animales del campo. Así me mantengo mientras ella se dedica a la casa”.



“Mi sueño es seguir viviendo tranquilo con mi esposa. Ahora ya puedo comprar mis materiales para hacer mis bastones de madera o tallar animales del campo. Así me mantengo mientras ella se dedica a la casa”.





# MARÍA VILLANUEVA

## Larga vida a la experiencia

Alguna vez María Villanueva Aguilar fue la pequeña menor de cinco hermanos, y ahora, con 104 años, es una madre llena de recuerdos. Criada a la antigua, la única vez que se alejó de casa fue al cumplir la mayoría de edad, para trasladarse de su caserío natal de Chuyugal hasta el centro minero de Quiruvilca, famoso por sus vetas de plata.

Allí se casó, tuvo dos hijos llamados Sabina Soledad y José Esteban. Allí también enviudó hace 63 años y se enteró, en 1994, de que su hijo había muerto en un accidente en Trujillo. Y allí sigue estirando la vida junto a Sabina, que prefirió la soltería y ya tiene 70 años.

María Villanueva fue criada en un hogar amoroso y dedicado al trabajo. “Quería estudiar enfermería, pero mis padres no tenían cómo ayudarme”, recuerda.

Tuvo las mayores alegrías que esperaba de la vida, como casarse y poco después saber que estaba embarazada de su primer hijo; sin embar-

go, también pasó muchas penas. “Cuando mi esposo falleció mis niños tenían 1 y 3 años, fue difícil salir adelante”, relata. Pudo hacerlo gracias a la crianza de animales y el cultivo de papa, trigo y cebada.

“Ahora me siento feliz porque mi comunidad me quiere. Por los años y la experiencia que tengo, los vecinos me escuchan”, sonríe. Aunque sabe hacia dónde se marcharon sus hermanos a hacer familia, nunca pudo visitarlos. “Dos viven todavía, no los he visto en más de 60 años, quisiera encontrarme con ellos”, dice ansiosa. Ese es uno de sus sueños. El otro es que su hija sea propietaria de una bodeguita y que la comunidad logre tener servicios básicos. Anhelos sencillos que suelen ser los más valiosos.



“Ahora me siento feliz porque mi comunidad me quiere. Por los años y la experiencia que tengo, los vecinos me escuchan”.



# FEDERICO ZELADA

## Las dos alegrías de un hombre

Federico Zelada Huamán, más conocido como “Pochito” (89 años), recuerda vagamente que su madre nació en Huancavelica y su padre en Cañete, y que a los 6 años ellos lo entregaron al dueño de una hacienda en la sierra chinchana, donde trabajaría como peón. Nunca los volvió a ver y no sabe si tuvo hermanos. Hasta 2011 tampoco sabía cuál era su identidad hasta que unos funcionarios del Reniec lo visitaron un día y le entregaron un DNI con el nombre de Federico Zelada Huamán.

Propietario de un terreno al lado de la carretera, que le otorgó la municipalidad, don Federico siempre se dedicó a pastorear ovejas y cultivar la tierra. “He sido muy bueno trasquilando lana”, cuenta. En sus mejores tiempos también aprendió de un curandero cómo preparar medicinas con hierbas maceradas en alcohol. Esta habilidad lo hizo conocido en una localidad donde escaseaban los profesionales de la salud. Por eso los vecinos lo visitaban y él les recetaba jarabes o

emplastos para resfríos, dolores estomacales, fiebres, reumatismos y otras enfermedades. A los 18 años convivió con una muchacha, de la que se separó cuando ella perdió un hijo. A los 25 se enamoró de otra mujer que le doblaba la edad y ya no pudo tener descendientes. Eso lo pone triste. Sin embargo, gracias a sus varias habilidades siempre consiguió empleo y un lugar para descansar. Hoy camina con un bastón y tiene como compañía una radio vieja y dos gatos. “Ellos me abrigan cuando tengo frío”, confiesa. Y luego agrega que tiene dos alegrías en la memoria: el día que le entregaron su documento de identidad y cuando lo incluyeron en Pensión 65. “Eso cambió mi vida”, dice llorando y agradece al Estado “por acordarse de los abuelitos”.

Tiene dos alegrías en la memoria: el día que le entregaron su documento de identidad y cuando lo incluyeron en Pensión 65. Eso cambió mi vida, dice y agradece al Estado por acordarse de los abuelitos.









# FELÍCITA GIRALDO

## La matriarca del pueblo

La infancia de la señora Felícita Giraldo transcurrió entre travesuras escolares y salidas con sus amigas a la puna, en las alturas de Yungay, para pastar a sus animales. Su familia criaba carneros y chanchos. “Una vez por salvar a mi carnero del río casi me ahogo”, recuerda. El celo de atenderlos le viene por un consejo de su mamá, Sabina, quien la acompañaba todos los días a soltar los animales: “Me decía si son gorditos nuestros carneros, nosotros también lo seremos”. No ha olvidado nunca esas palabras.

Felícita conoce mejor que muchos el duro trabajo en la chacra: “Si no hay lluvias, las plantas y animales se mueren; si hay muchas lluvias, se enferman o pudren, y entonces no tenemos para comer. Es muy triste que las gallinas y cuyes se mueran”.

Ella, que también es partera, llama “ahijados” a los niños que trajo al mundo; en retribución, ellos la llaman “madrina”. “A casi todos los chicos del pueblo los he visto nacer. Hubiera sido buena enfermera”, sonríe. Amiguera como ha sido desde siempre, cuenta que después del terremoto del año 70 ella y dos amigas de-

cidieron casarse el mismo día, para curarse la tristeza de tanta tragedia. Hoy ella tiene cinco hijos, “cuatro varones y una reina”, que viven a Lima. Para verlos espera su llegada cada Navidad, fecha que celebra preparándoles platos en estado “alegre de corazón”. En cambio no sale de Shupluy. Uno de sus hijos la llevó una vez y al día siguiente regresó a su pueblo porque prefiere seguir cuidando a sus animales, conversar con sus amigas y ayudar a nacer a los niños.



Ella es partera, y llama “ahijados” a los niños que trajo al mundo; ellos la llaman “madrina”.







# BERTHA CORNEJO

## Una mujer invencible

Cuando era niña le encantaba estudiar. Es lo que más recuerda, además de que tuvo padres muy buenos. “En mi casa se respiraba amor y respeto”, dice la señora Bertha Cornejo Olea (67 años), de Aguas Verdes, en la frontera con Ecuador. Esos años y los de su matrimonio fueron sus tiempos alegres.

Doña Bertha trabajó como secretaria en una planta de aguas gaseosas en Chiclayo y fue dirigente de la urbanización donde vivía con su familia. Pero cuando tenía 34 años, su esposo sufrió un accidente mortal y poco después fallecieron sus padres. El tiempo de la tristeza tocó su puerta. Si no la abatió fue porque tenía que mantener a sus hijos y a un hermano menor. Por eso volvió a Aguas Verdes, para empezar otra vida con la venta de comida.

A pesar de esos golpes, su inquietud por ayudar a los demás no decayó. “Logré que se construyeran pistas, veredas y una cuna jardín para mi pueblo”, señala. Fue presidenta de Defensa Civil y organizó a sus paisanos para sobrevivir a las inundaciones que trajo el fenómeno El Niño. Más tarde la nombraron secretaria

general de Consejo Regional de Personas Adultas Mayores y luego presidenta del Adulto Mayor de Aguas Verdes. “Ahora sigo ayudando. No tengo un sueldo, lo hago porque me gusta”, cuenta. Es lo que aprendió en casa, y lo que suele predicar.



“Logré que se construyeran pistas, veredas y una cuna jardín para mi pueblo”, señala. Fue presidenta de Defensa Civil y organizó a sus paisanos para sobrevivir al fenómeno El Niño.





# CARMEN CHÁVEZ

## Una dirigente de temple

Cuando era muy niña, su madre la trasladó de Rioja a Chiclayo, donde doña Carmen Chávez Chasquibol (68 años) trabajó muchos años como empleada doméstica. Allí soportó maltratos y discriminaciones, hasta que encontró un puesto en un restaurante. “En ese tiempo tuve mi compromiso con el padre de mis hijos —recuerda—. Él nos abandonó cuando yo estaba embarazada del segundo”.

Al igual que su madre, y como muchas mujeres del Perú, frente a una situación tan difícil no se dejó abatir. Más bien debió asumir que la pobreza puede sortearse enfrentando con aplomo los obstáculos y “aprendiendo un poco de todo”.

Cuando recuerda su infancia, cuenta que admiraba a doña Candelaria, la costurera del barrio. Por su ejemplo se dedicó a ese oficio, y también a ser orientadora de hogar y profesora de escuela. Así educó a sus hijos hasta la secundaria, sueño que califica como una de las mayores alegrías de su vida.

Tampoco se arredró cuando los vecinos de Nueva Esperanza le pidieron que fuera su presidenta. Es que

ella, fundadora de ese asentamiento humano, ya era reconocida como una mujer de temple. Por eso logró, entre otras cosas, la erradicación de los basurales por parte de la municipalidad, la ansiada instalación de agua y luz, y más tarde, que se incluyera al pueblo en el programa Techo Propio”.

Ahora sigue trabajando como costurera para mantener a una nieta y ayudar a su hijo, quien sufrió el asalto de su mototaxi y no ha podido rehabilitarse físicamente. “Mi vida es el barrio, porque si todos nos ayudamos un poco estaremos mejor. Así deberíamos hacer los peruanos”.



**“Mi vida es el barrio, porque si todos nos ayudamos un poco estaremos mejor. Así deberíamos hacer los peruanos”.**





# L U I S A DELGADO

## La vida también se recicla

En el puerto ancashino que es Coishco, cuya actividad pesquera es tan intensa como su vecino Chimbote, nació la señora Santos Luisa Delgado López hace 71 años. Fue hija única criada por su madre, a la que tuvo que ayudar desde pequeña para sobrevivir. Sus recuerdos más remotos son los del trabajo cotidiano, hasta la juventud, cuando conoció al padre de sus cinco hijos. Con él vive actualmente y ambos trabajan como recicladores de botellas de plástico.

Su mayor tristeza es la muerte de su hijo más querido, que sufría de epilepsia. “A los 14 años tuvo un accidente y cuando regresábamos del médico fuimos al muelle para comprar pescado”, dice compungida. De pronto, mientras cruzaba la pista, un auto la atropelló. “Vi todo oscuro, solo escuchaba murmullos de gente que pedía llevarme a la caleta”. Poco después su hijo falleció. “Era el más apegado a mí, fue como si me arrancaran un brazo”.

Sus otros cuatro hijos la visitan ocasionalmente, pero ella prefiere no salir a la calle, salvo “para recolectar papel blanco que nos regalan, latas, botellas de



plástico de la calle, pero debemos buscar bastante para que nos den poco”, se queja. Su caso calificaba para hacerla beneficiaria de Pensión 65. “Tuve la mayor alegría cuando recibí mi pensión, qué felicidad, porque yo ando enferma y por eso le pido a Dios que no me abandone”.

Ella reconoce que el apoyo del Estado le ha cambiado el ánimo, al punto que ahora se permite un sueño modesto: “A mis 71 años lo que espero de la vida es mejorar mi casita”.



**Sus recuerdos más remotos son los del trabajo cotidiano, hasta la juventud, cuando conoció al padre de sus cinco hijos.**





# G U I L L E R M O N A V A R R O

## Un señor de mil oficios

Sietemesino, don Guillermo Navarro nació en Las Trancas (Nasca-Ica) hace 79 años y define su infancia como el cuento de Cenicienta. “Recuerdo que mi mamá se tuvo que ir a Lima por los maltratos de mi padre, que se casó con una señora mala”. Luego su madre retornó a vestirlos y cuidarlos, pero poco después falleció por una intoxicación.

Su juventud, en cambio, fue alegre y tan atareada que apenas dormía 4 horas. “Me sostenía solo. Me dediqué a la agricultura, aprendí a hornear pan y bizcochos, y manejaba un camión para transportar guano”.

Como camionero conoció gran parte del sur, pero prefirió mantenerse en Pajonal Alto para sentar cabeza con su esposa, Carmen María Rodríguez. Con ella tendría once hijos. “Hemos arreglado y limpiado la carretera, Carmen cargaba cemento para construir la compuerta, a veces no dormíamos por estar pendientes del agua, ya que nuestra casa se encuentra cerca del río”, comenta.

Mientras tanto, transportaba al mercado la cosecha comunal. Por eso afirma que mantiene una buena ve-

ciudad. “Somos muy unidos y algunos nos conocemos hace mucho tiempo, pues somos viejitos”.

Ya no puede salir a la chacra y su esposa sufre de glaucoma. “Yo tengo que ser su bastón”, dice, admitiendo que ha tenido muchos sueños. “El principal se ha cumplido: no es el dinero ni el poder, sino la felicidad de los que más amas. Veo a mis hijos que viven bien con sus familias. Eso le agradezco a Dios y al Estado, que se ha acordado de nosotros”.



“Me dediqué a la agricultura, aprendí a hornear pan y bizcochos, y manejaba un camión para transportar guano”.



# TIMOTEA FLORES

## Recuerdos de una alferada

Timotea Flores recuerda cuando era alferada, es decir la encargada de organizar las fiestas de carnaval de su pueblo, y bailaba con su primer esposo, Feliciano Quispe, que fue regidor y comisario de Carumas (Moguegua). Se casó muy joven, casi a la fuerza, pero se fue acomodando a la nueva vida. Además su esposo le daba comodidades, una chacra y luego una casa.

“Yo no sabía ni cocinar, pero poco a poco me acostumbré, y fui feliz cuando nació mi bebita”, dice. Por desgracia, esa alegría duró poco: una vaca pateó a la niña y la hizo caer a un barranco. “Quise salvarla, pero no pude”, solloza. Tiempo después perdió a otro hijo antes de nacer y no tuvo más.

Si a estos sucesos se suman las muertes de sus dos esposos, doña Timotea debería ser infeliz, pero supo encarar la vida con energía. “Como en mi infancia, he seguido criando vacas, burros y ovejas, he seguido sembrando papas, maíz y alfalfa para mis cuyes”. Hoy vive en un terrenito de Cuchumbaya que le dejó su hermano Cirilo, a quien ve muy a menudo.

“Ya casi no puedo hacer nada, pero salgo a la calle para cobrar mi platita”, dice alisándose los cabellos,

ahora muy blancos. Los tiempos son distintos y ha tenido que acomodarse también a este. “Antes la gente era muy buena, sabíamos cambiar maíz por habas o fajas por arrobas de papa, desde que apareció la plata ya todo cambió”. Por eso aconseja a las jóvenes parejas que se quieran mucho y no despilfaren el dinero, que valoren más la comida y cuiden sus casas.

Timotea ensaya un mensaje final para las autoridades locales: “Siempre ayuden a los abuelitos, recuerden que nosotros hemos cuidado con amor estas tierras que hoy aprovechan los jóvenes”.



“Como en mi infancia, he seguido criando vacas, burros y ovejas, he seguido sembrando papas, maíz y alfalfa para mis cuyes”.







# MANUELA CANALES

## Una bordadora de manteles

Los años que carga la señora Manuela Canales Huarca-ya (68 años) han transcurrido entre muchos trabajos, hijos y viajes. Nacida en Huanuhuanu (Caravelí-Arequipa), desde niña se dedicó a pastar ganado junto a sus 8 hermanos, la mitad de los cuales ya fallecieron. En una familia pobre, la cantidad de hermanos fue impedimento para que ella fuese a la escuela, aunque sus padres, como recuerda, eran muy cariñosos.

A los 14 años salió de su casa paterna hacia Ica para trabajar como empleada doméstica. Un año después fue madre soltera, de modo que se marchó a Tirujó, un anexo de Cháparra (en Caravelí), donde los olivares y árboles frutales se extienden en un paisaje de polvorientas montañas. Allí conoció al que sería su esposo, con el que tuvo 11 hijos (3 de ellos han muerto). Ya no recuerda cuándo se fueron todos, dejándola con su nieta Oriana, quien sufre de una discapacidad mental muy severa. La señora Manuela tiene que bordar manteles para mantenerla. “A veces vienen mis hijos —afirma—, pero todos tienen familia en otro lado”. Desde hace 9 años vive en Camaná porque en su case-

rio no había trabajo y ella no puede volver a la chacra debido a los fuertes dolores que afectan sus rodillas. El lote donde vive le fue donado por Cofopri y gracias a Pensión 65 hoy vive “un poco más tranquila, porque puedo comprar alimentos, mis frotaciones y calcio para mis huesos”.

Su sueño es modesto y enorme a la vez: volver a ver a sus hijos juntos. Mientras espera, borda.



Desde hace 9 años vive en Camaná porque en su caserío no había trabajo y ella no puede volver a la chacra debido a los fuertes dolores que afectan sus rodillas.



# JULIA LÓPEZ VILLANUEVA

## El largo viaje de una hilandera

A los 75 años Julia López Villanueva sigue tejiendo sus mantas y ponchos de lana como lo hacía en Luya, Chachapoyas (Amazonas), el país de los “hombres de la neblina”. ¿Qué hace una mujer de su edad en el puerto sureño de Ilo (Moquegua), por donde sale el cobre peruano a los mercados del mundo? Esta es una historia que empezó hace 9 años cuando ella y su esposo viajaron a cuidar una casa en el asentamiento humano Cobre Sur F-11, de la Pampa Inalámbrica. “Soy hilandera desde los 6 años. Mi mamá me enseñó las formas que tiene el tejido, cómo se pinta la lana usando cortezas, hojas y frutos de árboles como el huallo y la talla. Quería ser la mejor tejedora”, comenta. Ese oficio la ayuda para vivir y apoyar a su esposo. “Siempre hemos estado juntos, nos queremos y cuidamos mucho”, confiesa, mientras sus manos aún demuestran gran habilidad para escardar la lana que luego convierte en madejas con una rueca de madera. “Pero ya no vendo mucho porque la gente no usa ponchos de lana de oveja y no tengo la vista de joven para perfeccionar mis tejidos”. Cuando habla de Luya, recuerda la chacra donde ella y sus hermanos sembraban yuca, caña de azúcar, mango.



“Arábamos con yunta y hasta hacíamos nuestros propios jabones con ceniza y grasa animal”. Y mientras teje sigue contando que a los 25 años se unió a su esposo, que tuvo seis hijos, tres de los cuales sobrevivieron y le han dado 9 nietos y 15 bisnietos. “Tengo una vejez tranquila junto a mi esposo. Ya no creo que vuelva a Luya”.

“Mi mamá me enseñó las formas que tiene el tejido, cómo se pinta la lana usando cortezas, hojas y frutos”.







# M Á X I M O OSNAYO

## El patriota

Máximo Osnayo López no recuerda la imagen de su mamá porque ella murió cuando era muy niño. Solo guarda en mente las de su padre y hermano, con quienes tiene una escena preferida: la de cuando tuvieron que refugiarse en Tarata, porque su padre ayudaba a la delegación peruana a levantar la carta topográfica de la frontera con Chile. Eran los tiempos previos al Tratado de Lima (1929), que iba a devolver Tacna al Perú. “Fue por ese recuerdo que a los 18 años entré como voluntario al cuartel de Tarata”, señala. Después de servir a la patria, volvió a sus ovejas y cabras, a sus sembríos de papa y maíz.

Poco después se casó, tuvo 9 hijos y de tanto trabajo en el campo y las minas padeció durante algunos años una extraña enfermedad. “Se me hinchaban varias partes del cuerpo, parecía que iba a morir. Mi esposa lloraba, pero poco a poco me recuperé. Así recorría mi chacra, con alegría, acompañado de mi señora y mis animalitos”. Ya entonces era un virtuoso de la zampoña y viajaba por Caplina, Ataspaca y Palca para reunirse con sus amigos a tocar.

Fue también presidente de Palquilla, su comunidad, y con ese cargo llegó hasta el Congreso de la República a

defender un proyecto para encauzar un río en el cerro del Alto de la Alianza, en las alturas de Tacna. “En aquel tiempo toda esa parte era pampa pelada”, rememora. Ahora Máximo ya no puede mantenerse solo, no escucha y sus hijos se turnan para cuidarlo. Pero él no ha perdido el aplomo para recomendar a los peruanos que sirvan a su país. Es el llamado de un patriota.



Ahora Máximo ya no puede mantenerse solo, no escucha y sus hijos se turnan para cuidarlo. Pero él no ha perdido el aplomo para recomendar a los peruanos que sirvan a su país. Es el llamado de un patriota.



# FABIÁN GAMARRA

## Un canillita risueño

La felicidad parecía una dimensión tangible durante la infancia del señor Fabián Gamarra (91 años): podía estar en un paisaje, una persona, una forma de estar en el mundo. Nació en un pueblo del Cusco, y lo que recuerda de sus padres es que trabajaban de sol a sol en la chacra. De muy joven lo enviaron a Lima. Desde entonces su oficio fue ser canillita, ese personaje tan familiar de tiempos anteriores a Internet.

Había que levantarse a las 4 de la mañana para esperar a los distribuidores en un distrito como Magdalena, que estaba atravesado por un tranvía y tenía una plaza de armas con una hermosa glorieta. Apenas recibía los diarios, don Fabián se dirigía a su puesto, donde atendía hasta las 6 de la tarde. Compensaba el trabajo duro jugando fútbol. “Es lo que más extraño ahora que me duelen los huesos”, comenta.

Don Fabián se casó, tuvo hijos a los que sacó a adelante con la venta de periódicos -aunque nunca tuvo un puesto propio-y hasta la Federación de Canillitas del Perú le entregó un diploma. “Soy el canillita más antiguo de Magdalena”, dice con orgullo.



Ahora don Fabián es atendido por su hijo mayor y se siente gratificado por el apoyo del Estado. Con esa tranquilidad, todos los días va a la iglesia para distraerse, pues allí los niños le hacen reír. También quisiera seguir jugando fútbol, regresar a su pueblo cusqueño a encontrarse con sus amigos de infancia y a bailar en las fiestas. “Sigo creyendo que uno debe ser feliz, que nunca debe dejar de sonreír”.

Don Fabián se casó, tuvo hijos a los que sacó a adelante con su puesto de periódicos y hasta la Federación de Canillitas del Perú le entregó un diploma.







# R I C A R D O ALFARO

## El hombre que conoció al diablo

En la primera imagen que guarda de su infancia, Ricardo Alfaro Cornejo se ve montado en un burro, arropado con una gruesa frazada por la orilla del mar. El frío muerde la madrugada y su madre llora. “En esa época la gente vivía en la chacra, así que mi familia se alojó por ahí”, recuerda. Al aire libre cocinaban en latas de metal, mientras cortaban totora para tejer esteras. Vendíendolas mataban el hambre.

A los 14 años atendía en una tienda de vinos y piscos, hasta que un primo lo animó a marcharse a Lima. Poco después ingresó a trabajar en el arsenal naval del Callao reparando barcos. “A los 20 años me ofrecieron ingresar a la Marina de Guerra, pero no pude porque era analfabeto”, cuenta. Entonces retornó a Sama.

De esa época recuerda las reuniones con los antiguos alrededor de fogatas. “Subíamos al cerro de Munipata para ver al diablo a medianoche: era un hombre grande con barba blanca larga. Las brujas le pedían ser sus hijas —cuenta asustado—, pero antes tenían que hacer daño al familiar más querido. Entonces transformaban a sus maridos en caballos, les colocaban riendas, y así



cabalgaban en el cielo. Por eso a muchos del pueblo les dolía el cuerpo al día siguiente”.

Así pasó su juventud. Nunca se casó ni tuvo hijos, “porque solo me dediqué a trabajar y a bailar. Yo fui el primero en Sama en bailar mambo”.

Único sobreviviente de cinco hermanos, hoy cultiva maíz, cuida las vacas de un sobrino o se encarga de ver el agua y limpiar las acequias. “Después me echo a dormir en el totoral sabiendo que mis sobrinos me cuidan y que toda la gente me quiere”.

“Subíamos al cerro de Munipata para ver al diablo a medianoche: era un hombre grande con barba blanca larga. Las brujas le pedían ser sus hijas”.





Costa



Tacna



Tacna

Costa



A wide-angle landscape photograph capturing a serene scene. In the foreground, three individuals are positioned on a grassy hillside. On the left, a person wearing a red hat and a light-colored shirt leans against a stone wall, gazing out over the water. In the center, another person wearing a wide-brimmed hat sits on the ground, looking towards the right. On the right, a third person, also wearing a hat and a light-colored jacket, sits on the ground, looking towards the camera. The middle ground features a large, flat expanse of land, possibly a dry lake bed or a field, with a narrow path or stream cutting through it. In the distance, a large body of water stretches across the horizon, reflecting the bright light. Beyond the water, a range of mountains is visible under a clear sky. The overall atmosphere is peaceful and contemplative.

**SIERRA**



# T O M Á S SAHUA

## El músico sabio

Tomás Saha Chique (77 años) alegró su infancia con la música. Nacido en Huaquina Sapicani (Juli-Puno), fue lo que en su tiempo se consideraba un hijo ilegítimo, por lo que vivió con su abuelo pastando alpacas y llamas. “Crecí en la pobreza, pasé hambre, tuve que comer pasto. Luego me llevaron a Santa Rosa de Masacruz, donde aprendí a cuidar rebaños de alpacas y llamas”. El viento de las alturas le reveló los secretos del quenacho y el pinkillo, mientras los animales arrancaban la hierba.

Cuando fue más joven también aprendió a ser albañil y arar el campo. Con esos tres oficios sobrevivió. A los 35 años se casó y tuvo tres hijos (uno falleció). “La mujercita hoy vive en Arequipa, mi otro hijo vive en Tacna. Me visitan cuando tienen tiempo”, dice.

Su mayor alegría fue ser contratado para tocar en los vistosos carnavales de Puno y ser presidente y teniente gobernador de su comunidad. “Cumplí con los deberes y obligaciones comunales, y caminé con nuestra bandera peruana por las fronteras de Huaquina para que me respetaran los comuneros. Ellos querían que siguiera en el cargo, pero ya no tengo muchas fuerzas”,

comenta. Ahora se mantiene solo con la siembra de habas, papa, quinua y cebada, sus alimentos favoritos. Aunque todavía toca el quenacho, ya no lo llaman mucho para las fiestas, pero él siempre da consejos con la sabiduría de sus años. “Estoy orgulloso de ser aimara. No deben perderse nuestras costumbres. Veo con pena que los niños ya no hablan nuestro idioma. Ese es mi sueño: rescatar nuestra cultura”.



El viento de las alturas le reveló los secretos de su quenacho y pinkillo mientras los animales arrancaban la hierba.











# R O S A L B I N A V A L E R I O

## Heredera de un idioma ancestral

A estas alturas de su vida, Rosalbina Valerio (76 años) piensa que nunca fue más feliz que en su infancia, cuando la vida se reducía a estudiar y a jugar con sus hermanos mientras pastaban en las alturas de Tupe (Yauyos-Lima), donde nació. Así entró a la adolescencia, con el sueño de ser profesora o enfermera; sin embargo, tuvo que dedicarse al comercio hasta que su madre falleció y, unos años más tarde, su padre. “Me sentía muy sola, mis hermanos ya habían formado su familia y se fueron a vivir fuera de Tupe”, recuerda. Como comerciante recorrió Cañete y Huancayo. En la feria de esta última ciudad compraba vestidos, blusas y sombreros que luego vendía en otros poblados tradicionales de Lima, de intenso registro cultural que aún mantiene huellas prehispánicas. Por dedicarse al comercio prefirió mantenerse soltera. “Yo era muy tímida y mi papá, al que quise mucho, me inculcó que acá casi todos los hombres maltratan a las mujeres, a causa de eso empecé a tenerles miedo”. Con esa aprensión prefirió acompañar a su media hermana, Guillermina, con la que vive. Hoy, Rosalbina siente que su misión en la vida acaba de empezar. Se sabe heredera de una cultura milenaria y se angustia porque

su lengua, el Jacaru, está en peligro de extinción. “Quisiera que nuestra lengua perdure, que nuestros jóvenes y niños la hablen, que no se olviden de nuestras costumbres. Son su mejor herencia”. Rosalbina recorre las aulas de la escuelita y les habla a los pequeños en su lengua materna, les cuenta cuentos, les canta, les enseña la historia del pueblo. Ellos la escuchan con curiosidad, les gusta, aprenden.



“Padres, profesores, autoridades, adultos mayores, todos debemos ayudar a los jóvenes y niños para que practiquen nuestras costumbres y lengua. Es la mejor herencia”.









# SABINA CAÑAZACA

## Una vida forjada al sol

Sabina Cañazaca de Cañazaca nació hace 67 años en la Parcialidad de Patascachi (Moho-Puno), cerca de la frontera peruano-boliviana. No pudo crecer con sus padres, solo estudió hasta 2° de primaria y pasó su infancia pastando ganado y alimentando los cuyes de otras familias. “Vivir con otras personas, alejada de los míos, no me gustó, pero nunca me faltó comida o casa porque sabía trabajar”.

De joven viajó a San Pedro de Putina, la “capital cafetalera de Puno”, a cosechar granos que han ganado muchos premios nacionales de calidad. Era un trabajo de sol a sol, en un paisaje distinto, pero a doña Sabina le fascinó la selva. Incluso quería adquirir un pedazo de tierra y dedicarse a sembrar, pero tuvo que retornar a Moho. Tenía 25 años cuando conoció a su esposo, con quien tuvo y educó a 5 hijos. Ambos labraban su pequeña chacra y criaban ovejas y cuyes para la venta. En la comunidad también viven sus hermanos, con quienes se reúne siempre. “Practicamos el ayni (trabajo solidario) para nuestras labores agrícolas y participamos de las festividades”, relata alegre como buena puneña que sale a bailar muchas veces durante el año.

Su vida ha cambiado: “Lo poco que gano no nos alcanza, pero felizmente recibo ayuda de Pensión 65. Así mantenemos a dos de mis nietos”.

Lo que más quisiera es vivir muchos más años para ayudarlos y verlos crecer hasta que sean profesionales. “Y a los peruanos me gustaría decirles que sean honrados y trabajadores, que no olviden a sus padres ni a su tierra”.



Tenía 25 años cuando conoció a su esposo, con quien tuvo y educó a 5 hijos. Ambos labraban su pequeña chacra y criaban ovejas y cuyes para la venta.



# MARCELINA LOPE

## La narradora de cuentos

Su madre falleció cuando Marcelina Lope Siccos (74 años) era muy pequeña y su padre no quiso volver a casarse porque temía que una madrastra podía maltratar a sus cuatro hijas. Él y su abuela la iniciaron en la afición de contar historias de aparecidos, amores imposibles y fabulosos tesoros que guardaban en la memoria los vecinos de Pisac (Cusco). Todo lo que tuviera dimensión fantástica atraía la atención de doña Marcelina. Por eso acompañaba a una señora llevando papa a varias comunidades. “Ella mataba el tiempo contándome más historias”, recuerda.

En uno de esos viajes conoció al que sería su esposo. Lamentablemente a él no le gustaba que ella narrara cuentos a los 6 hijos que tuvieron porque, decía, eran “tonteras de la imaginación” y entonces Marcelina, temerosa y obediente, calló por muchos años. “Hace unos años él falleció en un accidente con tres de mis hijos, fue horrible, todos se fueron, eso me puso muy triste”, dice apenada recordando esa etapa negra en que muchas veces pensó en morir. Por ello, convertirse en usuaria de Pensión 65 literalmente le salvó la vida a Marcelina. “Recobré la alegría

y las ganas de vivir, no sólo por mi pensión que me ayuda mucho, sino porque este programa me dio la oportunidad de volver a contar en las escuelas de Pisac aquellos cuentos y leyendas que aprendí de niña y que por muchos años me callé. “Hoy mi corazón está contento. Los niños me escuchan. Si yo pude volver a contar cuentos, ellos harán todo lo que hoy sueñan. En mi comunidad ya no me conocen como Marcelina, soy la cuentacuentos de Pisac y me siento orgullosa”.



Su padre y su abuela la iniciaron en la afición de contar historias de aparecidos, amores imposibles y fabulosos tesoros.







# SALOMÓN CHATE

## Un personaje de novela

“A esta edad, todos los recuerdos se me están borrando”, dice Salomón Chate Quispe (86 años) al evocar una vida que parece extraída de las novela de *Ciro Alegria* o *Manuel Scorza*: con sus padres y 4 hermanos sufrieron severos castigos de los grandes propietarios de tierras. “En mi juventud era rebelde, me negaba a trabajar gratis. ‘Traigan a ese Chate’, decía uno de los hacendados. Tuve que escaparme”.

Después de servir en el Ejército regresó a su tierra, de la que llegó a ser teniente gobernador. “Antes ya había sido varayoc, mi hermano y yo hemos sido muchas veces autoridades de la comunidad, así hemos construido la carretera, la escuela; he sido el gestor para que vengan profesores al pueblo”.

Su esposa falleció hace años por una enfermedad que ni en Lima pudieron curar. Tuvo 4 hijos, tres de los cuales residen en la capital del país. “Ven con nosotros”, suelen pedirle, pero él prefiere quedarse en Chite para que lo entierren junto a su esposa. Allí cuida su última hija, de quien dice que es “uchuy sunqo”, corazón pequeño, por su fragilidad y ternura.



Ya no participa en la defensa de los asuntos de su comunidad. “Ahora miro nomás que hay nueva gente y joven que está comprando nuestras tierras”, observa con cierta preocupación. Sin embargo, sigue atento a los cambios sociales y a los problemas de siempre, como la educación escolar para los jóvenes. “Si me pidieran un consejo les diría que vivan sin envidias ni odios y que ahorren pensando en su vejez”.

**“Mi hermano y yo hemos sido autoridades de la comunidad muchas veces”.**





# MAXIMILIANO CUBA

## El gran morochuco

Don Maximiliano Cuba Sulca (78 años) bailaba en grupo en las fiestas de carnaval o competía en las carreras con un caballo llamado “Zorro”. “Éramos 10 amigos que salíamos de nuestro pueblo, Inkaraccay (Pampa Cangallo, Ayacucho) a pelear con otras pandillas. También recuerdo que para esas fiestas yo iba a traer toros de la puna o los llevaba hasta Vilcashuamán”. Esa misma vitalidad la aplicó a la agricultura y ganadería, para ayudar a su madre, y lo condujo a responsabilidades mayores cuando lo nombraron teniente gobernador. Su gestión logró construir la carretera. El compromiso con sus vecinos le viene de herencia porque uno de sus antepasados fue Basilio Auqui, el morochuco independentista que organizó guerrillas para hostilizar a los españoles mientras las tropas regulares de Simón Bolívar avanzaban por el sur andino. “Mi padre murió cuando yo tenía 2 años, mi mamá me cuidó solita. Mis hermanos vivían en las alturas, por eso no los veía mucho y hoy todos han muerto”, cuenta de su vida. Por trabajar desde joven, no pudo estudiar sino hasta 2° de primaria. Una vez lo llevaron con engaños a trabajar a Pucallpa, donde se enfermó de paludismo. Estuvo tres meses en cama. Cuando

sanó, escapó de regreso hasta su tierra. Hoy, Maximiliano ha recobrado fuerza y se esmera por contar la historia de su pueblo a las nuevas generaciones. “Voy al colegio a contar a los niños quiénes fueron los morochucos. Ellos tienen que saber de dónde vienen, porque eso no está en los libros. Nosotros los viejos sabemos esa historia y tenemos ahora la responsabilidad de contarla”, reflexiona.



Uno de sus antepasados fue Basilio Auqui, el morochuco independentista que organizó guerrillas para hostilizar a los españoles mientras Simón Bolívar avanzaba por el sur.



# VALENTÍN PACASI

## La autoridad se gana a pulso

Desde pequeño aprendió que los días empezaban y terminaban cuando su padrastra cargaba pesados baldes de agua desde el puquio. Nació en Huayana (Andahuaylas-Apurímac) y su padre había muerto cuando él era chico. “El nuevo esposo de mi mamá fue mi verdadero padre. Nos daba consejos, nos puso en la escuela, gracias a él aprendimos a leer”, explica. Eran días en que iba a pie hasta la escuela junto a su hermano Concepción. De regreso, volvían a las faenas comunales. “Qué no hemos hecho, quemados por el sol, mojados por la lluvia”, refiere mostrando sus manos. La comunidad se reunía a hacer caminos, plantar eucaliptos, reparar cercos dañados.

Apenas tenía 18 años cuando se casó y a partir de entonces el trabajo fue más intenso, pues llegó a tener 4 hijos. Dos viven en Lima, una tercera está en Andahuaylas y el único varón trabaja en la escuela de Huayana como personal de servicio.

La dedicación e interés que don Valentín le puso a la vida comunal sirvió para que sus vecinos lo nombraran teniente gobernador y más tarde vocal y después presidente de la comunidad. “Con esos cargos busqué



el desarrollo de mi pueblo. En mi gestión logramos que Huayana se convirtiera en distrito, en 1984”, rememora con orgullo.

En ese tiempo las autoridades trabajaban sin sueldo, buscando el desarrollo de los pueblos. Ahora que muchas cosas han cambiado, don Valentín pide al gobierno que invierta en educación para difundir valores prevenir la corrupción.



La dedicación que don Valentín le puso a la vida comunal sirvió para que sus vecinos lo nombraran teniente gobernador, vocal y después presidente.







# SERAPIO YANCE

## Un tejedor de recuerdos

Serapio Ponce (72 años) aprendió a tejer chumpis de su madre, que quedó viuda cuando él tenía 3 años, y de los viejos tejedores de su pueblo. “De joven yo les pagaba con comida y mano de obra para que me enseñaran”, dice.

Como buen ayacuchano también aprendió a tocar guitarra. Tocaba tan bien que los amigos lo buscaban para la fiesta del agua que se celebra cada 24 de agosto. “Yo quería ser policía pero solo estudié hasta cuarto de secundaria, no avancé más porque no teníamos dinero”. Para olvidarse de esa desilusión decidió trabajar en la comunidad, desempeñándose como cargante hasta ser “alcalde dulce”, la autoridad que da las órdenes a los varayoc (camachiq).

Tuvo 10 hijos en su matrimonio, 5 de los cuales murieron muy niños por ausencia de médicos o enfermeras. “Solo me quedan 5, casi todos están en Sarhua y el menor trabaja como obrero en Huamanga”.

Vive con su esposa y sus hijos suelen visitarlos en casa, pero ellos ya no pueden devolverles el gesto porque “pesa la edad”. Sin embargo, no se siente solo, aún lo acompañan sus amigos de juventud que alardean de sus viejas hazañas. “A veces también me buscan los jó-

venes para que les enseñe a tejer y lo hago con gusto porque me siento útil”, afirma muy entusiasmado. Don Serapio sigue trabajando en el campo. “A veces mis hijos me dan lo que pueden, también tejo ponchos, y con eso me mantengo un poco. Ahora solo quiero estar en mi casa junto a mi esposa y cultivando mi chacrita”.



Como buen ayacuchano también aprendió a tocar guitarra. Tocaba tan bien que los amigos lo buscaban para la fiesta del agua.



# BENJAMÍN Y FARA PÉREZ PALMA

## La hermandad no tiene fin

Los hermanos Benjamín (69 años) y Fara Pérez Palma Sánchez se quedaron solteros porque las necesidades y la violencia no les dieron tregua en Cangar, el pueblo donde nacieron (Acobamba-Huancavelica). Por suerte se tuvieron uno al otro para acompañarse. Una de las experiencias que Benjamín más recuerda es el largo viaje que hizo con su hermana hasta el distrito de Ocoyo para traer vacas mejoradas. “Caminamos cerca de 40 días arreando esos hermosos animales”, dice. Lo segundo que más recuerda es que trabajó muy duro para pagarle a un vecino el costo de un burro que le había prestado y que por un descuido suyo fue devorado por un puma.

Fara prefiere recordar su viaje a Lima, donde trabajó como auxiliar en un colegio de La Molina. “Una monjita me tenía mucho cariño; yo quería quedarme, pero cuando mi papá falleció tuve que volver a Cangar. Ya no salí más”, refiere. Tenía que ayudar en la chacra. Así se le fue el tiempo hasta que hizo su aparición Sendero Luminoso trayendo desgracia y muerte. Ella estuvo a punto de ser asesinada por una columna terrorista en el patio de su casa. Benjamín también pasó riesgos por haber sido tres veces presidente comunal. La primera vez tuvo que escapar, pues los terroristas lo buscaban por haber izado la bandera peruana. Re-



tornó convertido en rondero. La segunda vez ya había vuelto la tranquilidad, pero los vecinos no retornaron más. “Mi hermana y yo nos cuidamos solos, pero ya no podemos trabajar. Por eso la alegría más grande ha sido recibir Pensión 65”, comenta. De alguna manera los hace sentirse acompañados.

**Ella estuvo a punto de ser asesinada por una columna terrorista en el patio de su casa. Benjamín también pasó riesgos por haber sido tres veces presidente comunal.**





# JULIA ROSA FERNÁNDEZ

## El rostro de la resistencia

Si hay una fecha que marcó para siempre la vida de doña Julia Rosa Fernández (74 años) es la del día en que Sendero Luminoso asesinó a su esposo y sus dos hijos. “Antes lo ayudaba a sembrar, cultivar y cosechar café, plátanos, yuca, por las alturas de la comunidad de San Pablo de Shimashiro (Chanchamayo-Junín), para nuestro consumo y para vender”, recuerda con ese dolor que aún cargan muchos peruanos.

No fue solo una terrible pérdida, sino también una grave desventaja para ella. “Al perder a mi familia ya no tenía apoyo de nadie, no podía sembrar la chacra, no tenía dinero para comprar alimento”, refiere.

Esta situación la hizo beneficiaria del Plan integral de Reparaciones y ahora recibe Pensión 65. “Me está ayudando a construir mi casita y a comprar alimentos como pescado seco, leche, huevo y otras cosas”, detalla. Esta mujer asháninka, que se siente orgullosa de vestir cushma y hablar su idioma nativo, cuenta que tiene 3 hermanos y 5 nietos, quienes la visitan regularmente. Y a pesar de los tiempos ingratos, agrega que aquí tiene muchos paisanos con quienes realiza faenas comunales. “Con ellos vivo tranquila, no hay violencia ni odio entre nosotros. Ahora siembro yuca y plátanos

en una chacrita cerca de mi casa, para mi consumo, y preparo masato, que me gusta mucho”, afirma.

El sueño de la señora Fernández es el mismo que el de muchas señoras en el resto del país: tener una casita bien cercada y acabada. “Ojalá que los ancianos necesitados de otras comunidades y otros lugares reciban también Pensión 65”, dice, solidaria.



El dinero que recibe de Pensión 65 la está ayudando a construir su casita y a comprar alimentos como pescado seco, leche, huevo y otras cosas.







# F I L O M E N A T A I P E

## Testigo de tres siglos

Nació a fines del siglo XIX, en 1897, cuando el Perú era gobernado por Nicolás de Piérola. A sus 116 años, la venerable Filomena Taipe Mendoza es la abuelita más longeva de nuestro país y mantiene una lucidez asombrosa. De caminar pausado, apoyada en su bastón, se traslada por la casa de adobe que siempre ocupó en Pocuto (Acoria-Huancavelica) y, aunque vive sola, cuenta con el cariño de sus vecinos y la protección del Estado.

Por su vida, y acaso sin que ella se diera cuenta, ha pasado casi dos terceras partes de la historia del Perú. Por ejemplo, ella recuerda la gesta de la construcción del “tren macho”, como se llamaba a la vía que une Huancayo con Huancavelica, que empezó a funcionar en 1926. “Allí trabajó mi papá hasta que murió”, cuenta. Nos quedamos con mi mamá trabajando en la chacra y cuidando nuestros animales.

Tuvo una vida dura: quedó viuda muy joven y trabajó mucho para criar a sus nueve hijos, de los cuales hoy solo viven tres.”, dice mientras tuesta lentamente un poco de cebada en su fogón de leña.

Le gusta que sus vecinos la visiten. “Todos me saludan con cariño, me respetan y me ayudan siempre cuando me ven cansada. La verdad, siempre hay alguien conmigo, grande o chico, listo para ayudarme”.

Muchos le preguntan cuál ha sido su secreto para vivir tanto tiempo, ella responde: “La alimentación natural. Siempre comí papas, ocas, mashua, leche, carne y queso de cabra. Todo lo que cocino es de la chacra, no como de latas, de sobres ni tomo gaseosas”. Su estado es la mejor prueba de las bondades de la dieta andina.



**A sus 116 años, la venerable Filomena Taipe Mendoza es la abuelita más longeva de nuestro país y mantiene una lucidez asombrosa.**





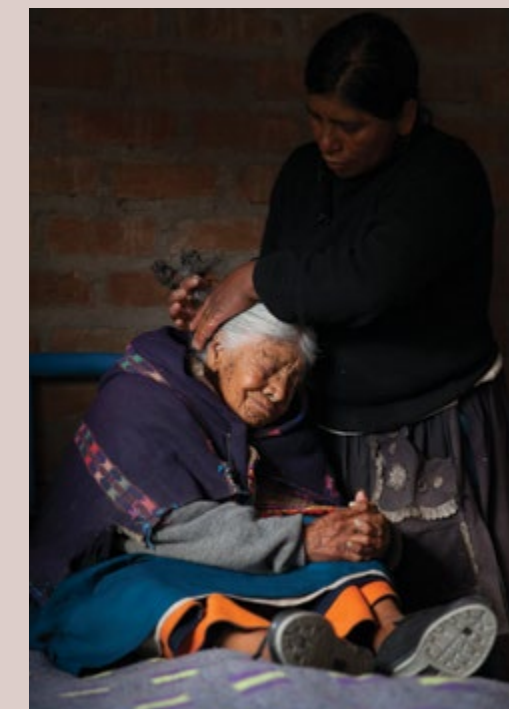
# R O S A L Í A MOLINARES

## Una proeza campesina

Otra de las abuelas centenarias del Perú, doña Rosalía Molinares (106 años), nació en San Juan de Iscos, pero se siente original de Tres de Diciembre (Chupaca-Junín) porque allí vivió desde que tiene memoria. No es un distrito cualquiera: su nombre rememora la fecha en que Ramón Castilla decretó la abolición definitiva de la esclavitud en 1854.

Doña Rosalía pudo tener una biografía menos sobresaltada porque solo tuvo un hijo de uno de sus dos matrimonios, pero la vida la puso a prueba. Su hijo falleció a los 37 años dejando esposa y 3 pequeños, así que ella tuvo que “ponerse el mundo a la espalda” y volver a trabajar en chacra ajena. Ahora cuenta con orgullo que sorteó dificultades casi irremontables. “Entregué mi vida por mis nietos, los alimentaba con mashwa, papa, maíz, trigo y cebada; comían carne de vez en cuando; yo siempre pensé que hay que llenar la barriga, por eso nunca les faltó comida, aunque no tuviéramos zapatos ni ropa”. En aquel tiempo no hubo descanso para ella. Además de trabajar en la chacra, vendía tunas, rocoto, gallinas, cuyes, en la feria

de Chupaca. Y los sábados y domingos llevaba a sus nietos a cargar leña, con lo que podía adquirir sus útiles escolares. Así pudo hacer que terminaran la secundaria. La parte amable de su vida fueron las fiestas de su pueblo, cuando bailaba en celebración de la Virgen de Cocharcas. Aún se refiere con devoción a Dios como “Tayta”, y le ruega por sus nietos, uno de los cuales la inscribió en Pensión 65. “Ahora ellos me compran con esa plata mi ropa, mi comida”, comenta. Como bien dice la expresión, la vida da vueltas.



“Entregué mi vida por mis nietos, los alimentaba con mashwa, papa, maíz, trigo”.



# MARCELINO LLANOS

## El lector del cielo

Durante mucho tiempo la orfandad parecía el signo de Marcelino Llanos Quispe. También la soledad y la contemplación del cielo. Hijo único, entre los 2 y 8 años sus padres murieron y su abuela lo educó como pudo hasta 4° de primaria. Ella le enseñó a usar la “palana” —o lampa— para entrar en los arrozales de Shumba Alto (Bellavista-Cajamarca). También aprendió de ella la rara contemplación de la luna y su influencia sobre las plantaciones.

Marcelino quería ser médico, pero los arrozales estaban más cerca. Lo malo es que el contacto con el agua le reveló una osteoporosis y un mal de la piel.

A los 20 años falleció su abuela y en medio del re-trainamiento perfeccionó la agudeza de su observación: aprendió la cantidad de agua que debía inundar los campos, las señas del cielo para las buenas y malas cosechas, los tipos de plagas, mala hierba, etc.

Sus vecinos lo escuchaban con asombro porque efectivamente la calidad de sus granos empezó a mejorar y sus cosechas fueron más abundantes. Don Marcelino se ganaba la vida como “sectorista” o “promotor”, y



recibía como único pago “unos cuantos kilitos” de cosecha que también vendía.

De cualquier modo la muerte lo siguió acechando. “Mi esposa me abandonó cuando mis dos hijos murieron”, cuenta.

Ahora sus paisanos acuden a su casa para escucharlo y darle alimentos y medicinas que le compran con su pensión. A su edad sigue recorriendo los campos de día y los cielos de noche, con la vista, pendiente de los signos que conoce mejor que nadie.

---

**A los 20 años perfeccionó la agudeza de su observación: aprendió la cantidad de agua que debía inundar los campos, las señas del cielo para las buenas y malas cosechas.**





# MELCHOR ALVARADO

## Un hombre honrado

Nacido en el caserío de Colpa (Dos de Mayo, Huánuco) en 1932, Melchor Alvarado Espinoza fue el mayor de 9 hermanos (5 varones y 4 mujeres) y suele decir que por esa razón no fue a la escuela, debido a que tenía que ayudar a sus padres cultivando la tierra y criando animales.

“Así eduqué a mis hermanos menores”, dice, y eso no lo pone triste porque siempre quiso ser agricultor como su progenitor. “Mis padres eran pobres pero muy organizados. Nos enseñaron a ser unidos y que no había nada mejor en un hombre que la honradez”, sentencia con sabiduría.

A los 25 años conoció a la que sería su primer compromiso, Cecilia Ramos Cueva, quien falleció 5 años después. Más tarde se unió a Jacinta Porta Inga, con quien tuvo 4 hijos. Ellos viven en Huacho, trabajan y ya han formado familia, pero lo visitan algunas veces o lo llaman para que los visite.

Cuando piensa en el tiempo, cree que antes no existía tanta malicia ni delincuencia. “Hoy escuchamos muchas noticias malas. Por eso hay que mejorar la educación, enseñar el respeto a la vida”, sostiene. Por

eso suele recomendar a los jóvenes que se dediquen al estudio y el trabajo, pues no hay nada mejor para salir de la pobreza.

Dice sentirse bien, que sus vecinos lo quieren porque es muy colaborador con ellos. Y a los 82 años afirma orgulloso que se mantiene solo vendiendo maní confitado y habas como ambulante. “Así me gano la vida y mantengo a mi esposa. Quiero que ella me acompañe hasta el último de mis días”.



**"Mis padres eran pobres pero muy organizados. Nos enseñaron a ser unidos y que no había nada mejor en un hombre que la honradez".**







# RAFAEL CORONEL

## La copla del combatiente

Perdido en algún lugar de Cutervo (Cajamarca) queda Culluna, lugar donde nació don Rafael Coronel (81 años), un ex combatiente de la guerra de 1941. Miembro de una gran familia —11 hermanos y 9 hijos—, don Rafa no tiene más recuerdos legendarios que ese lejano episodio bélico. Lo demás de su prolongada vida ha sido el trabajo en chacra y los oficios que un hombre debe encarar para conducir su hogar.

“He sido cargador de bultos, peón, he ordeñado vacas, qué no he hecho para mantener a mi familia”, se pregunta ahora que vive solo porque su esposa murió y sus hijos se fueron yendo. “De niño quería ser chofer, conocer el Perú, irme por donde se fueron algunos de mis hermanos”.

Hasta hace poco cuidaba el ganado de un vecino, a cambio de lo cual recibía una propina y alimento, pero enfermó y tuvieron que hospitalizarlo. Allí le informaron que lo habían seleccionado para recibir la Pensión 65. “La noticia me ha alegrado mucho, me he curado un poco”, dice entusiasmado. Hasta quiere ahorrar para comprar una vaca lechera o visitar a sus hijos.

Por lo pronto, junto con sus medicinas se ha comprado un par de “yanquis” y próximamente quiere tener un nuevo sombrero. Y sin perder su buen humor, con el que siempre ha enfrentado las dificultades, canta una copla del carnaval cajamarquino de su propia creación:

“Soy un campeón,  
ex combatiente del 41,  
que recibe su pensión,  
para vivir como ninguno”.



“He sido cargador de bultos, peón,  
he ordeñado vacas, qué no he hecho  
para mantener a mi familia”.



# GERARDO CHOQUE

## El artesano de las bandurrias

Con once hermanos, la pobreza cercaba a su familia de manera tan agresiva que a veces no tenían para comer ni comprar zapatos para ir a la escuela, confiesa don Gerardo Choque Tapia (77 años). Eso no impidió que él aprendiera a construir bandurrias o laúdes, un instrumento de doce cuerdas muy común en el folklore cusqueño, casi de manera exclusiva.

“Mirando a mi papa y a mi abuelo, a los 10 años comencé a elaborar pequeños charangos, y a los 15 años hacía bandurrias de manera correcta que vendía en Yanaoca y Sicuani. Me pagaban poco, pero me alcanzaba para comprar algunos productos”, dice este artesano que vive en San Pablo y hoy enseña a los niños un oficio casi olvidado.

Por suerte su familia lo ha conservado devotamente. Su madre era también una naturista que vendía sus medicamentos. Así, con lo que ambos ganaban sostenían a la familia, pues él era el hermano mayor. Su padre, pese a ser talentoso, era muy conflictivo y permanecía poco en el hogar. “Yo quería ser profesional, pero no pude, lamentablemente. También me gustaba jugar fútbol, pero lo que me hacía sentir mejor era elaborar la bandurria”.



Por mantener a su familia, se casó tarde. Tuvo 10 hijos, pero 5 fallecieron y la muerte de su esposa lo sumió por años en una profunda tristeza. “Hoy he recuperado las ganas de vivir, estoy enseñando a los niños a elaborar bandurrias, como me enseñó mi padre. Debemos seguir siendo un pueblo de músicos, es la tradición”.

“Mirando a mi papa y a mi abuelo, a los 10 años comencé a elaborar charangos, y a los 15 hacía bandurrias”.







Sierra



Cusco

Cusco



Sierra





SELVA





# EMILIO ARIRAMA

## Hijo de una antigua cultura

La sonoridad de sus apellidos es efecto del idioma kukama kukamiria, del que don Emilio Arirama Aricara (70 años) es uno de los pocos hablantes. Nacido en la comunidad Santo Tomás (Nauta-Loreto), toda su vida ha transcurrido en este escondido poblado amazónico. Aquí se educó y aprendió a pescar, oficio al que le debe su sobrevivencia. “Pesco tucunaré, palometa, chambira, acara-wasu, para comer y vender — explica—. Mis padres y abuelos me enseñaron”. Hijo de una antigua cultura, no es lo único que heredó. “Antes sabíamos sentarnos a escuchar a los ancianos. Ellos contaban las historias de nuestro pueblo, la relación con la madre naturaleza. Creemos que hay varias madres: de los bosques, de las aguas, de los ríos y de las cochas”. Por eso celebraban a cada una de las criaturas espirituales. “Nuestros eventos sociales tienen relación con la fructificación de las plantas, la abundancia de peces y animales del bosque”, explica. Don Emilio lamenta que la educación centralista del pasado discriminara la rica variedad de lenguas nativas, como la kukama, que casi ha desaparecido. “Los profesores nos castigaban por relacionarnos en nuestro idioma”, recuerda. Por eso muchos se cam-

biaban de apellidos transformando el original. Por ejemplo, los Maytahuari ahora son solo Mayta, los Huaymacari ahora son Huamán. “A veces me da risa, pero en mi corazón estoy llorando por la identidad de mi pueblo”, dice don Emilio. Emilio se ha convertido en el último defensor de su cultura. “Como usuario del Programa Pensión 65 tengo la oportunidad de enseñar a niños, jóvenes y hasta a los profesores la lengua kukama kukamiria. Ahora sé que nuestra cultura no va a desaparecer”.



“Antes sabíamos sentarnos a escuchar a los ancianos. Ellos contaban las historias de nuestro pueblo”.







# A M E L I A CORONADO

## La partera del Urubamba

Amelia Coronado Romano es muy reconocida porque posee el secreto de traer al mundo a los niños de la comunidad asháninka de Chicosa (distrito de Raymondí, Ucayali), de todas las comunidades de Atalaya. Aprendió de su abuela, con quien su padre la dejó porque no podía mantenerla. Juntas, abuela y nieta, sembraban la tierra o recogían cangrejos y camarones en las quebradas para alimentarse y vender. Entonces soñaba con manejar un peque-peque en el río Urubamba para ir estudiar a Pucallpa y ser profesora. Solo llegó hasta 3° de primaria.

“Cuando era señorita mi madre me aconsejaba que me cuidase de mis paisanos. Eso me trajo mucho temor porque yo apenas tenía doce años”, recuerda. Su padre le compraba su cushma y le traía alimentos. Aunque vivieran en otra comunidad, él y su madre la visitaban siempre. Es lo que ahora ella hace con sus hermanos que viven en Mashintoni y Diamante Azul. “Se preocupan por mí, cuando voy a su casa me atienden bien, pescamos juntos, mientras yo les enseño a cantar para que no pierdan nuestro idioma y cultura”. Según dice, “una partera solo debe masajear el vientre para acomodar al bebé hasta que ingrese al mundo”. Ser partera, curandera e intérprete de las canciones

de su pueblo le ha traído beneficios, saber que puede ayudar económicamente a su conviviente y a sus ocho hijos, recorrer la selva y hasta llegar a la lejana Lima. Ahora es presidenta de asuntos femeninos en un programa dedicado a la salud de las comunidades y agradece al Estado que hoy la apoya: “Nosotros somos también el Perú”.



Según dice, “una partera solo debe masajear el vientre para acomodar al bebé hasta que ingrese al mundo”.







# F R A N C I S C O C A R B A J A L

## No hay mal que dure cien años

Francisco Carbajal Bobadilla (76 años) nació en Umachiri (Melgar-Puno) y sabe que allí se inmolaron los independentistas Mateo Pumacachua y Mariano Melgar en 1814, aunque solo cursó hasta el primer grado de primaria. “Mis padres no contaron con economía para hacernos estudiar a mí y mis seis hermanos”, explica. En esas pampas don Francisco pasó su vida, pastando hasta los 29 años, cuando se casó con Juana Quispe Kjacca. No fue fácil. “Tuvimos un hijo que se murió de neumonía a los 2 añitos”.

Por esa tristeza, en 1968 decidieron marcharse a Huepetuhe, en Madre de Dios, que ya entonces atraía a miles de campesinos por la fiebre del oro, dando curso a la minería informal que solo ha dejado páramo y desolación en la Amazonía. “Fui peón primero, con carretilla y pala en mano, y mi esposa era cocinera. Allí nacieron mis 5 hijos”.

Diez años después contrajo Uta, esa temible enfermedad causada por la picadura del mosquito titira y que desprende la piel dejando su huella imborrable en muchas partes de su cuerpo. “Como diez años estuve padeciendo, creí que iba a morir porque cuando descubría las heridas veía hasta mis huesos”, relata.

En 1985 llegaron a Huepetuhe médicos especialistas y lograron curarlo luego de un largo tratamiento. Entonces abandonó la minería y empezó a trabajar como mitayero (cazador del bosque) y agricultor.

Hoy sigue sembrando plátano, maíz y yuca, toda clase de frutas junto a su familia. “Trabajando todos nos ayudamos, me siento protegido, ahora vivo una vida tranquila”



En 1968 decidieron marcharse a Madre de Dios, que ya entonces atraía a miles de campesinos por la fiebre del oro.



# JOSÉ, MANUEL RAMÍREZ

## Secretos del bosque

Sobreviviente de cinco hermanos de la etnia Yamina-hua, José Ramírez Ríos fue un nativo no contactado hasta su edad madura en que, como curaca de la comunidad nativa de Serjali, tomó la decisión de conducir a su pueblo hacia el mundo exterior, asentándose en las riberas del río Urubamba, cerca de Sepahua. José –o “Choro”, como se le conoce– no se arrepiente de esa decisión que marcó su vida y la de su pueblo. “Fue muy difícil, aparecieron enfermedades mortales que no conocíamos y la mala alimentación nos castigaba mucho” recuerda. Pero igual siempre vivió aislado con esporádicas estancias en Sepahua. No fue sino hasta hace dos años que, con apoyo del cura del pueblo, sacó su DNI para ingresar a Pensión 65. Como todo nativo que vive del bosque, don José es experto en caza y pesca silvestre, tiene mucha destreza en el manejo del arco y la flecha, pero sobre todo es un curandero famoso que conoce el secreto de las medicinas naturales contra las mordeduras de serpientes venenosas, los males del alma, del amor y del cuerpo. También “para mantener el vigor sexual”, como se

publicita sonriente este hombre que tiene 3 esposas y 13 hijos vivos de 22 nacidos. Dedicado a la chacra, nunca salió a otro lugar que no fueran los alrededores del Urubamba. “Antes era tranquilo, no había delincuencia ni tanto peligro”. A pesar de esa realidad confiesa que se siente bien, que la gente es amable con él. Su sueño reciente es no enfermarse para mantener a sus últimos hijos. Por eso quiere tener más años de vida.



---

**Como todo nativo que vive del bosque, don José es experto en caza y pesca silvestre, tiene mucha destreza en el manejo del arco y la flecha, pero sobre todo es un curandero famoso.**







# R O S A R I A HURTADO

## El hilo de su historia

Rosaria Hurtado García nació en Uctubamba (Amazonas) hace 104 años. Lo que más recuerda, con una nitidez asombrosa, es que su familia tuvo alguna vez ciertas comodidades. “Me veo arreando vaquitas, ovejitas y cochecitos (cerdos)”, cuenta, usando el diminutivo como si los animales tuvieran la misma edad que evoca. “Desde niña ayudaba a mis padres a trasquilar las ovejas para hilar y hacer ponchos, frazadas y faldas”, refiere.

Cuando era joven, el Perú usaba como moneda la libra esterlina, los reales y los nueve décimos confeccionados de oro y plata. No había billetes. Tampoco la industria textil estaba muy difundida, por eso la ropa se elaboraba en casa y algunas familias se dedicaban a su venta. Doña Rosaria tejía desde chica para vender. “Entonces no éramos pobres como ahora”, explica. No conoció a su padre, porque cuando ella tenía 3 años lo asesinaron por disputas de tierras. “Mi mamá me decía que él sembraba papa, olluco, oca y haba. También criaba hermosas mulas, vacas y coches (cerdos), pero no le gustaba comer carne, solo verduras”. Cuando ella narra la situación de sus padres, le impone matices idílicos: “Mi mamá me contaba que juntos compraron una yegua y desde ahí aumentaron todos

los animalitos”. Pero a los 13 años murió su mamá y entonces ella y sus 3 hermanos tuvieron que trabajar muy duro hilando y tejiendo mantas. “En mi juventud fui hermosa, me vestía bien, con mis polleras y faldas de multicolores”, dice. Más tarde se casó con Juan Tarrillo, con quien tuvo 24 hijos. Hoy viven 7, entre ellos el mayor, quien la cuida. A pesar de sus dolencias, no se queda quieta. “Me muero por hilar y tejer”, confiesa mostrando la rueca y los palitos de tejer. No ha dado el punto final.



“Cuando era joven, el Perú usaba como moneda la libra esterlina, los reales y los nueve décimos confeccionados de oro y plata”.



# IGNACIO MOHENA

## El pescador que defendió la patria

A los 91 años, don Ignacio Mohena Mozombite es uno de los pocos sobrevivientes que combatieron en la guerra con Ecuador, en 1941. Tenía 18 años y esa debió ser la única circunstancia perturbadora de su vida porque después de salir del Ejército lo contrataron como guardabosques en la Reserva Nacional de Pacaya-Samiria, uno de los rincones más hermosos de nuestra selva. “Allí trabajé 28 años. Luego me dediqué a cazar lagartos en los ríos Tigre y Pastaza, y también a la pesca”, recuerda.

De su remota infancia recuerda que a los 6 años murió su padre, cuyo apellido, Mohena, es el nombre de un árbol. “Mi madre tuvo que cuidar de nosotros. Pasamos muchas penurias para conseguir comida, ropa e ir a la escuela. Quizá por eso fuimos muy unidos, prometiéndonos crecer rápido para salir de la pobreza”. Si pudo hacerlo fue gracias a la pesca. “Fue mi pasión, casi toda mi vida la he pasado en el río”. Hoy se interna con el mismo fervor en el Pachitea. “Es un río excelente”, dice, “tiene muchos pescados, me alimenta y encima llevo al mercado para vender. Claro

que ya no tengo mucha fuerza pero siempre consigo comprar los víveres de mi casa”. Allí vive con su mujer, con la que se casó tras 40 años de convivencia. Del Perú, que defendió en una guerra, cree que ha cambiado para bien. “Antes no había energía eléctrica, ni carreteras, ni apoyo a los ancianos. Ojalá haya más apoyo a los agricultores. Me da mucha pena verlos cómo padecen para educar a sus hijos. También hay ayuda a los viejitos, eso es bueno”.

Tras salir del Ejército, fue con-  
tratado como guardabosques  
en la Reserva Nacional de  
Pacaya-Samiria, uno de los  
rincones más hermosos de  
nuestra selva. Allí trabajó 28  
años.





# W I L D E R CATASHUNGA

## un naturista emprendedor

Fue hijo único de una pareja que tenía descendencia previa (2 hermanos de madre y 7 de padre), de modo que la familia de Wilder Catashunga Yumbato (71 años) siempre fue numerosa. Nacido en la comunidad nativa de Arequipa (Nauta-Loreto), aguas arriba de la quebrada Yanayacu, su vida ha estado signada por la serpiente: a los 7 años sufrió la mordedura de una venenosa jergón cuando pescaba en la orilla de la quebrada. Si no murió fue porque un curandero le dio de beber jugo de caña hervida durante 20 días. Sin embargo, un año atrás su padre había fallecido por la mordedura de una shu-supe. En esos tiempos no existían postas y la dotación de sueros antiofídicos era escasa.

Por estos reveses, su familia abandonó la comunidad para instalarse en Nauta, donde los gigantes ríos Marañón y Ucayali se abrazan. Terminó su primaria casi adolescente y poco después se enrolaría en el Ejército. Cuando le dieron de baja, volvió al trabajo en la chacra.

A los 60 años, por su reumatismo, empezó a estudiar las propiedades de las plantas. Tomó ayahuasca y en

sueños se le apareció la anaconda negra, que le reveló 100 recetas para curar todo tipo de enfermedades. Desde entonces es el médico naturista de sus vecinos. A sus 71 años, también lleva adelante la asociación agraria “Los Vencedores de Loreto-Nauta”, que siembra cacao y construye piscigranjas. Su meta es solidaria: “Con lo que recibimos de Pensión 65, aspiramos a que todos los adultos mayores puedan sustentarse”.



**A los 60 años, por su reumatismo, empezó a estudiar las propiedades de las plantas. Tomó ayahuasca y en sueños se le apareció la anaconda negra, que le reveló 100 recetas para curar todo tipo de enfermedades.**











# REYNA RODRÍGUEZ

## La defensora de su lengua

En su DNI dice Reyna Rodríguez Ríos, pero su verdadero nombre, aquel que le pusieron sus padres, es Ishauano. Ella es una shipiba que hace 71 años nació en la colonia de Caco en Iparía, Ucayali. Huérfana de padre desde los 7 años, vivió con su madre y sus hermanas hasta los 20, a la ribera del río, alejada de la ciudad. “Trabajábamos en familia, entonces no conocíamos lo que era el dinero”, rememora.

Por aquella época no había escuela, por eso no aprendió a escribir ni a leer, pero su madre le enseñó todos los secretos de la artesanía de barro. “Sé hacer tinajas, mokahuas (vasijas) y ollas”. Ishauano también aprendió a tejer telas de algodón y a teñir los hilos utilizando semillas, frutos, raíces. “Hago cushmas, pishas (mochilas) y chitontes (faldas). Sé hacer pulseras, collares y aretes con semillas de huayruros y los vendemos en las ferias”. Formó familia con Pecon Coshi, con quien tuvo 5 hijos (Mocan Jabe, Reshin Meni, Saken Rate, Kesten Betsa e Ican Beca) y hace 15 años la comunidad entera se trasladó a Tres Islas, en Puerto Maldonado, Madre de Dios. “Vinimos aquí porque mi madre siempre decía que nuestros ancestros se trasladaron a estas tierras des-

de la época del caucho en 1900. Mi cuñado, Soi Netsa, vino primero a buscarlos y los encontré aquí y en San Jacinto, pero ya no seguían nuestras costumbres ni hablaban nuestra lengua autóctona, me siento triste”. Recupera su alegría cuando cuenta lo que hace ahora. “Con mi pensión compro algodón e hilos para mis tejidos, y medicamentos para curar la enfermedad del olvido”. “Tengo un mensaje para los jóvenes –dice en su idioma–: trabajen (jaconax teti), vivan sin problemas (jaconax jati) y aprendan (jakonax axeti)”.



“Mi cuñado, Soi Netsa, vino primero a buscar a nuestros hermanos y los encontré aquí, pero ya no eran como creía ni hablaban nuestro idioma”.



# ZADITH CHUJANDAMA

## La cocina exquisita

La señora Zadith Chujandama Vásquez (81 años) pertenece a esa generación de mujeres que conservaron la memoria de la buena cocina y que hoy nos distingue como un país de gastronomía diversa. Sus juanes, tamales, pescados a la hoja y otros platos amazónicos son muy reputados en Chazuta (San Martín). Gracias a esa habilidad, vendiendo en la calle todos los días o durante las fiestas, sobrellevó un hogar de 9 hijos, más aún cuando enviudó a los 34 años.

Ella también procedía de una familia numerosa que a sus 15 años había migrado de Iquitos a Chazuta, distrito de donde nunca ha salido. Tres años después ya estaba casada. “Cuando tuve mi primer hijo, mi mamá me dio 50 reales y me dijo: con esta plata vas a criar a tus hijos. Me llevó a comprar carne de chancho, a cocinar y a vender juanes. Así he podido mantenerlos”. Doña Zadith tuvo que complementar la cocina con el lavado y planchado de ropa, pero lo realmente difícil fue superar la muerte de su esposo y poco después la de su primer hijo, quien falleció a causa de una enfermedad al estómago.



“Cuando tuve mi primer hijo, mi mamá me dio 50 reales y me dijo: Con esta plata vas a criar a tus hijos. Me llevó a comprar carne de chancho, a cocinar y a vender juanes. Así he podido mantenerlos”.

Hoy, aunque sus hermanos y sus hijos ya se marcharon, no se siente sola. “Aquí en Chazuta a todos les gustan mis juanes, mi chicha y mi masato”. Ahora no solo vende, sino que se dedica a difundir los secretos de su cocina entre las jóvenes generaciones de su pueblo.







# B E N J A M Í N P O T E S T Á

## La vida entre el campo y la música

Yánesha de origen, don Benjamín Potestá Mateo (68 años) prefiere definirse como un músico o “carricero”, es decir, intérprete de una zampoña de carrizo. También toca la antara. Con ambos instrumentos ha presidido las grandes festividades en que toda su comunidad danza una coreografía sinuosa, como una serpiente, en homenaje a sus héroes legendarios.

“Hace 40 años, cuando llegaban las fiestas de mi comunidad (ubicada en Villarrica-Pasco), con mis amigos y hermanos comuneros elaborábamos nuestras zampoñas con los más robustos tallos de carrizo para tocar las mejores armonías. Éramos muy buenos músicos, siempre nos invitaban a las ceremonias”, rememora. Cazador, pescador y agricultor, no pudo ir a la escuela, pero en cambio aprendió los secretos de la tierra. Unas veces podía vender su cosecha en el mercado y otras la dedicaba a su propio consumo mientras se ofrecía como peón en los fundos cafetaleros. De esa época recuerda también los camiones que transportaban madera. Quería ser como los choferes. Entre las actividades del campo y la música, se enamoró de la que sigue siendo su pareja y tuvo 5

hijos, algunos de los cuales se marcharon a hacer sus propias vidas. Como buenos yáneshas, respetan la familia, aunque él fue criado por unos tíos, tras el abandono de su padre y la temprana muerte de su madre. “Me siento tranquilo, la gente de mi comunidad es solidaria, y cuando la cosecha es buena acordamos venderla a un mismo precio”, comenta. Son valores que inculca a los jóvenes, como pilares de su cultura.



Cazador, pescador y agricultor, no pudo ir a la escuela, pero en cambio aprendió los secretos de la tierra. Unas veces podía vender su cosecha y otras la dedicaba a su propio consumo.





# ZEMIRA SINARAHUA

## El amor en tiempos del reposo

Ezequías Arévalo Shapiama y Zemira Sinarahua Andama (ambos de 78 años) son los personajes de un enamoramiento que parece salido de una novela de García Márquez: empezó muy joven, pasó por una larga tregua y tuvo culminación en la edad del reposo. Don Ezequías fue criado por su madre con ayuda del esposo de una de sus dos hermanas. Estudió hasta cuarto de primaria y luego hizo servicio militar en el Ejército. Al licenciarse como sargento segundo, se inició la segunda etapa de su vida: el trabajo, el apoyo a su madre, el amor. “A los 23 años me casé y tuve 8 hijos”, refiere. Para mantener a su numerosa familia, se dedicó a la pesca, hasta que sus hijos se fueron yendo por todo el país. Hace 10 años enviudó y entonces ocurrió el reencuentro milagroso con Zemira Sinarahua Indama, quien había enviudado 21 años atrás. “Mi mamá me enseñó tejido y bordado —cuenta doña Zemira—, pero cuando me casé a los 17 años, mi suegra observó que no era rápida y me hizo tejer mucho hasta que aprendí como debe ser”. Estuvo 40 años casada y tuvo 9 hijos a los que educó apoyando

a su esposo, un licenciado que había sido promoción de Ezequías Arévalo. Cuando enviudó, estuvo sola muchos años hasta que reapareció su primer amor. “Él me entiende y yo lo entiendo. Estamos los dos solos y nos cuidamos. Nos compramos nuestras vitaminas con nuestra pensión”, dice. Menos reservado, don Ezequías no oculta su felicidad: “Ahora vivo con mi flaquita a pesar de los años y de la oposición de nuestras familias. Hemos construido nuestra casita, tenemos pollos y sigo dedicado a la pesca. Estamos enamorados”.



Estuvo 40 años casada y tuvo 9 hijos a los que educó apoyando a su esposo. Cuando enviudó, estuvo sola muchos años hasta que reapareció su primer amor.







# DEMETRIO ACO ACO

## El jefe se queda en casa

Demetrio Aco Aco (74 años) creció en un mundo aislado al que solo se podía acceder por avioneta o trocha. Y como todos los varones de su comunidad, fue cazador y agricultor de gran habilidad para vivir de la diversidad de la selva, al igual que sus ancestros. “Sembraba cacao, achiote, yuca y plátano y reforesté arboles maderables”, cuenta, con la seguridad de que toda esa habilidad no es algo que se aprende en un día, menos aún el misterio de capturar las virtudes medicinales de muchas plantas que esconde el bosque de la comunidad asháninka de San Pablo, en Puerto Bermúdez-Pasco.

En su mundo, la sabiduría se premia con el reconocimiento. Por eso Demetrio fue jefe de la comunidad de San Pablo y logró convertirla en un centro poblado. También lo fue en Perené, donde encontró su otra mitad. “Allí estaba el amor de mi vida, que hasta hoy me acompaña. Tuvimos 4 hijos que ya hicieron familia”.

Viajero empedernido, como buen asháninka, Demetrio Aco Aco conoce la zona central del país,

y también Lima. Así aprendió que el Perú cambió mucho, “pero aún hay discriminación y es difícil para los jóvenes conseguir trabajo. El gobierno debería dar crédito a los agricultores para que no se vayan de la comunidad”, expresa. Ahora trata de llevar una vida más tranquila y eso significa haber echado raíces. “Felizmente yo me siento alegre de vivir en mi tierra, tengo cerca a mis hijos y nietos que me quieren y me respetan”.



Como todos los varones de su comunidad, fue cazador y agricultor de gran habilidad para vivir de la diversidad de la selva, al igual que sus ancestros.







Selva



Selva



Selva





**pensión65**  
tranquilidad para más peruanos



V | D A S